

Círculo Rojo

ESTACIONES EMOCIONES

ESTACIONES EMOCIONES

Carmen Aguilar Hernández

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2023
Segunda edición: junio 2023
Tercera edición: noviembre 2023
Cuarta edición: mayo 2026

Depósito legal: AL 355-2023

ISBN: 978-84-1159-946-7
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carmen Aguilar Hernández
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Si pudiera pedir un deseo, seguramente sería buen sexo.

Si pudiera pedir un sueño, seguramente sería volver a vivir mi vida.

Si pudiera pedir una ilusión, seguramente me perdería, porque todo me hace ilusión.

Si pudiera...

¿Cómo que si pudiera? Puedo todo lo que quiera, de mí depende.

OTOÑO

PRIMERA ESTACIÓN...

PRIMERA EMOCIÓN...

La vida es como El jardín de las delicias, el tríptico de El Bosco. Si lo miras cerrado, aparentemente no pasa nada, pero si lo abres...

OTOÑO.

¡Si vas a la mar, se seca!

¡Jolines! ¡Joder! Se corrigió a sí misma.

¡Qué cabreo tenía! Se le había roto el coche y tendría que dejarlo en el taller. No pasaba nada, el coche era de empresa y no le gustaba mucho, la verdad, pero era el único que tenía. Se había quedado tirada en mitad de la autovía, con el lío que eso conllevaba: luces de señalización, triángulos de advertencia, etc...

Realmente no estaba enfadada porque se le hubiera roto el coche ese día, con los cien millones de cosas que tenía que hacer, no, lo que la tenía enfurecida era tener que ponerse el chaleco reflectante. Le horrorizaba, era lo menos femenino que la DGT había podido inventar para una mujer. *¡Qué antiestético!, no favorecía nada, ¡qué prenda más poco erótica!,* pensaba mientras se lo ponía.

Llamó al seguro y avisaron a la grúa. Se fue directa al taller. Hacía frío, quedaban unas semanas para que llegara el invierno, pero se aferraba a cada día de otoño como las hojas que no quieren soltarse de los árboles, aunque saben que caerán. Sabía que le

quedaba poco entretiempo, pero odiaba el frío invierno, la lluvia, el cielo nublado, el mar revuelto.

El chico del taller le dijo mientras se reía: *Menos mal que para ti ver una luz encendida en el coche es que se ha roto y seguramente habrás pensado que podía explotar.* A Ella no le hacía ninguna gracia. El chico continuó diciéndole: *Te has quedado sin agua, se ha roto un manguito, mañana por la mañana lo tendrás listo. Pásate a la hora que quieras.*

El taller no estaba cerca de su casa, así que no le quedaba más remedio que ir en transporte público. Con la cantidad de cosas que tenía que hacer. Se enfurecía solamente de pensarlo.

Ya sentada en el bus, camino de su casa, con los auriculares puestos escuchando música, le entró una llamada. No vio quién era.

Contestó: *¿Diga? ¡Hola! ¿Me escucha alguien? Si alguien me escucha que hable o que cuelgue, estoy en el bus y no tengo mucha cobertura.* Nadie contestó.

Bajó del bus una parada antes de llegar a su casa. Tenía cita en un salón de estética para varias cosas: peluquería, uñas y una depilación un tanto novedosa para Ella: integral.

La primera vez que escuchó a una de sus amigas hablar de ese tipo de depilación no se atrevió ni a imaginárselo. Pero... algunos días después, su curiosidad, añadida al morbo de una pequeña historia de sensaciones íntimas, pudo con Ella y quiso probar.

Cuando salió del salón de estética se sentía diferente. Caminaría hasta su casa, estaba cerca.

El teléfono sonó de nuevo. Lo cogió, era una amiga. *¿Me has llamado hace un rato?,* le preguntó. *Sí,* le contestó, *pero no me escuchabas, estaré este fin de semana, si quieres podemos hacer algo juntas.*

¡Algo acabo de hacer yo por tu culpa y no te puedes imaginar lo rara que me siento, es como si me faltara algo!

Su amiga soltó una carcajada y le preguntó directamente: *¿Integral? Yes,* contestó Ella. *No sé cómo me puedes conocer tanto.*

Ummm, añadió la amiga, *¿para alguien o para ti?* Continuó riendo sin poder contenerse.

No te rías, contestó. *Supongo que será para mí porque mañana me voy a Barcelona, tengo la convención anual y ya sabes que detesto las mezclas. Lo social con lo social, lo familiar con lo familiar y así todo. Creo que solamente soy ordenada en eso. Pero tengo clarísimo que lo laboral y lo sexual son síntoma de pedal y, la verdad, prefiero tomar mezcal, que ya sé el tipo de resaca que me traerá. Te dejo, que ya estoy llegando a mi casa y no tengo nada preparado.*

Su amiga riendo le dijo: *Qué novedad, la verdad, no lo había dudado, eres un completo desastre. Ya hablamos, te llamaré cuando vuelva a estar disponible otro fin de semana, probablemente dentro de un mes. Te quiero, pórtate mal, por favor.* Las dos rieron.

Todos los años, casi siempre finalizando octubre, la empresa en la que trabajaba convocaba a los comerciales de toda España para la presentación de los nuevos productos. Ella siempre acudía a la cita divina, maravillosamente bien vestida.

No tenía ganas de todo ese lío, sí, lío. Prepara la maleta, ropa para formación, ropa para hacer deporte, ropa para dormir, ropa para salir a cenar con los compañeros de trabajo, perfume, cremas, neceser de maquillaje, planchas de pelo... *Ufff, qué agobio*, pensaba. Tantas cosas, y multiplicado por cinco. Cinco días pasaría en Barcelona, donde se encontraba la central de la multinacional para la que trabajaba.

Se acostó temprano porque no conseguía decidir exactamente qué meter en la maleta.

Se puso una braguita de algodón y una camiseta de manga corta, algo cómodo para dormir. Se metió en la cama y no pudo evitar meter su mano dentro de la braguita para tocar su nueva depilación. Había estado pensando, antes de acostarse, qué sentiría ahora cuando una lengua se deslizara por su sexo totalmente desnudo. Se pasó un dedo y no tardó más de un segundo en

darse cuenta de que estaba hidratadísima. Solamente pensar en la suavidad que sentiría al notar una lengua mojada recorriendo su húmedo sexo la había hecho lubricar. No tuvo más remedio que masturbarse. Fue en ese momento cuando entendió la depilación integral. Se durmió.

Día 1.

Solamente desayunó un café con leche. Le había costado levantarse y ya estaba nerviosa. No volaba habitualmente, así que sentía la necesidad de estar dos horas antes en el aeropuerto, por supuesto intranquila, porque le ponía nerviosa pensar que podía perder el vuelo.

Metió las cosas en la maleta casi por sorteo, sota, caballo y rey. *Tú vuelas,* decía a la ropa. Su maleta, vieja y usada, no estaba preparada para guardar todo lo que había decidido meter, así que, cuando decidió cerrarla, no pudo en el primer intento.

Menos mal que siempre tenía un truquillo para hacerlo. Nada, lo normal, la maleta en el suelo y Ella de pie encima, intentando cerrar las cremalleras y pensando: *¡Ya verás como revienta!* Demasiadas cosas pero, después de utilizar su cuerpo como contrapeso, objetivo conseguido, maleta cerrada. Le acompañaba un bolso de Armani con documentación, enseres básicos de mujer y una tablet.

Decidió que como a la primera charla sobre las nuevas bombas de agua llegaba directamente, sin pasar por el hotel, se pondría un vestido negro, entallado, ceñido, por encima de la rodilla, sin mangas, una rebeca amarilla, de manga al codo, cortita, un zapato salón negro de seis centímetros y, por supuesto, unas gotitas de Mon Paris, ese perfume que todas las mujeres deberían tener.

Había decidido llevar lencería de encaje toda la semana, necesitaba sentirse muy sensual. Era la única mujer que había en esas

formaciones. Todos sus compañeros y superiores eran hombres y, de continuo, las bromas iban dirigidas a Ella. En realidad no le molestaba, incluso diría que las provocaba con sus comentarios... *Yo no entiendo nada de válvulas de presión, ¿eso viene en una caja?* Se reía. Sabía que la observaban con deseo y que casi todos pensaban que igual, uno de ellos, una noche de formación...

Pero lo importante para Ella era que se sentía muy atractiva con sus tacones, sus braguitas de encaje y sus gotitas de Mon Paris.

Ya en el aeropuerto, como tenía tiempo de sobra, dos horas, decidió dar un paseo por las tiendas. Sabía que la miraban, sí. Ya se encargaba Ella de caminar contoneándose de una forma muy sutil y elegante. Pasitos cortos, firmes, espalda recta, hombros hacia atrás, vamos, como andan las mujeres empoderadas si los zapatos son cómodos.

Entró en la tienda de Victoria's Secret y, de repente, se le acercó la dependienta que estaba atendiendo la caja. *¡Disculpe!, ¿puedo hacerle una pregunta?* Ella contestó con una sonrisa muy dulce: *Claro, si me tuteas por supuesto que sí*. Las dos comenzaron a reír. *Dime,* dijo Ella*, pregúntame lo que quieras*. La chica de caja le dijo: *Es que has entrado en la tienda y he pensado, tiene que llevar Mon Paris, es increíble cómo huele ese perfume*, *pero en tu piel, y perdón, el aroma que desprendes ha hecho que no haya podido dejar de mirarte*. Ella soltó una carcajada que no pudo controlar y le contestó: *En realidad es una combinación, tienes que ponerte el perfume pero también lencería de encaje*. Le guiñó un ojo y salió de la tienda.

Por supuesto Ella sabía que podía haber mantenido una conversación de otro tipo con la dependienta de la tienda pero, de momento, lo del rollo lésbico no le interesaba.

Ya no le sucedería nada interesante: avión, taxi, sala de formación, saludos a todos los compañeros, jefes, supervisores, etc., etc., etc. Jornada de formación, picoteo a la hora de comer, formación, formación, formación, hasta las 21:00 h.

De una forma muy disimulada disipó todas las alternativas posibles, dejando claro que no iría a ninguna cena esa noche. Así evitaría tomar alcohol y tener que despegarse de algún compañero falto de sexo.

Llegó al hotel muy cansada. Todavía olía a perfume, se lo había dicho el chico de recepción: *Huele usted muy bien.* Ella le devolvió una sonrisa. Cogió la tarjeta de la habitación y entró al ascensor, 5ª planta.

Como creía que ya nadie la vería, al salir del ascensor y ver que el suelo estaba enmoquetado, no pudo resistirse. Se quitó los tacones y comenzó a caminar descalza por el pasillo buscando su habitación. Y, en ese momento, se cruzó con Él. *¡Oh, Dios Mío, qué vergüenza, viene un hombre por el pasillo y yo descalza!*

El hombre iba muy elegantemente vestido y saltaba a la vista que se dirigía a algún evento social. Sus zapatos Oxford con picados castellanos, bien encerados, le delataban.

Se vieron en el pasillo pero, antes de llegar a cruzarse, ambos fueron disminuyendo el paso, observándose. Al acercarse siguieron caminando como lo hacen las personas que se cruzan y no se conocen.

Cuando Ella alcanzó la puerta de su habitación, metió la tarjeta en la cerradura electrónica y, justo cuando entraba en la habitación, no pudo evitarlo y giró la cabeza para mirar cómo el hombre desaparecía por el pasillo.

De repente, y sin saber cómo, se le cayó todo lo que llevaba: bolso, con todo su interior por el suelo, chaqueta cortita amarilla, zapatos... *Madre mía que desastre soy,* dijo Ella en voz alta. Él dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a Ella. Se agachó y la ayudó a recoger todo lo que había caído. Le dio dos cajitas que parecían regalos, una rosa y otra fucsia. Sus manos se tocaron casi sin querer. No hablaron. No se preguntaron nada. Ella le dio las gracias y Él solo le devolvió una tímida sonrisa. Entró y cerró rápidamente la puerta pensando en lo sumamente estúpida que podía llegar a ser.

Día 2.

No tenía ganas de levantarse, había dormido en una cama gigante. *Qué gustazo*, pensaba, pero necesitaba salir a correr un rato. Recordó al hombre del pasillo y pensó. *A ver si ahora abro la puerta y me lo encuentro con esta pinta que llevo.*

Un top, mallas, deportivas, y el pelo con una coleta, sin pintar... *En fin, ¿qué más me da a mí ese tío?,* pensó. *A tomar por saco*, *venga, vamos, que llegarás tarde a la formación*, se reprendió.

Al abrir la puerta lo primero que se encontró fue con Él. El hombre le habló, le dijo que quería decirle algo, pero no sabía qué. En realidad sí lo sabía, pero era algo complicado de decir a una mujer que no conoces. Y de repente, Ella se acercó y le besó. Sin más. Él le devolvió el beso.

Entraron en la habitación, con urgencia, con prisa. El comenzó a tocarla, le seguía besando, besos acompañados de una respiración desesperada. Ella, sin pensar absolutamente en nada y dejándose llevar por el momento, comenzó a quitarle la ropa, acompañándolo a Él en un deseo repentino que no sabían muy bien de dónde había salido.

Cayeron en la cama, terminaron de desnudarse mutuamente y, como presas de un fuego desenfrenado, comenzaron a tocarse como si toda la vida esos dos cuerpos hubieran convivido desnudos. Se lamieron, se chuparon, se besaron, se comieron y se follaron sin pensar cómo, cuándo, ni por qué. Solo hicieron lo que su instinto animal y más primitivo les fue susurrando al oído. Cuando Ella tuvo su primer orgasmo lloró, en el segundo lloró de nuevo, no podía contenerse. Su vagina palpitaba como si le hubieran metido dentro el corazón, aunque esa palpitación la había provocado la verga, erecta, dura e incontrolable de Él.

Habían conectado desde el primer instante, piel con piel. Cuando él se corrió no lloró, todo lo contrario, el gemido se oyó en toda la planta del hotel. Se escuchó como si se le rompiera

la respiración y chillara de placer, disminuyendo la fuerza de la penetración inicial.

No se dijeron nada, solo se miraron. No entendían qué acababa de pasar. Ella de pronto le dijo: *Tengo que irme. Voy a llegar tarde a la formación*. Él contestó: *Yo tengo una cita y llego tarde*. Se vistió rápido y se marchó.

Ella se quedó unos minutos en la cama y, solo pudo pensar en lo que había sentido. Nunca el silencio de las palabras tuvo tanto contenido. Todavía aturdida recogió las sábanas y las olió, las respiró profundamente, olían a sexo. Pensó en esconderlas para dormir con ellas por la noche, pero se dijo: *Igual piensan que las he robado, mejor las dejo donde están*.

Se duchó, se arregló y se puso un vestido de los que habían volado apretados en su maleta.

Hoy saldría a la calle de color verde. Le encantaba ese color, bueno, en realidad le encantaban todos los colores. Salió a la calle con los indispensables Mon Paris y las braguitas de encaje, hoy de color fucsia.

Taxi. Formación. Ella no dejaba de pensar en lo que había sucedido. Joder, se había follado a un desconocido. La culpa era sin duda de la depilación integral.

De camino al hotel, después de terminar un duro e intenso día, sin ganas de pensar en absolutamente nada, solo en acostarse y descansar, se dio cuenta de que su cabeza era como un tornado de pensamientos enredados en una espiral de emociones sin sentido y que, cuanto más pensaba, menos comprendía.

Intentaba dirigir sus pensamientos a los nuevos conocimientos adquiridos en la formación, pero era imposible. No quería pensar en Él porque eso era mucho peor, sentía como se humedecía y, la verdad, había sido algo inesperado que por supuesto no se volvería a repetir. Ella era una chica de las buenas, no era una zorrita.

Ya casi había llegado al hotel, estaba tan cansada que no quería pensar. El taxi la dejó en la acera de enfrente. Pagó y cruzó la calle y, de

repente, vio que en la puerta del hotel estaba Él. *Joder,* pensó*, ¿a que me da algo? ¿Y ahora qué hago? Tierra, trágame, ¡Dios qué vergüenza!*

Ya no pudo pensar nada más, Él se acercó y le dijo: *Llevo dos horas en la puerta. No sabía si volverías o ya te habías marchado, pero he sentido la necesidad de esperarte por si acaso.* Ella se quedó mirándolo muda. No podía articular palabra y no era precisamente una mujer sin argumentos ni conversación, pero se había quedado sin comas, sin puntos, sin letras y sin nada.

Con los ojos como los de los emoticonos, esos que parece que se van a salir de la cara del muñeco, invadida totalmente por la emoción de la sorpresa, y después de unos instantes, le contestó: *¿Perdona? ¿Me esperabas a mí?* Él no la dejó continuar, caminó un par de pasos hacia Ella, con una mano le rodeó la cintura y con la otra acercó su boca y la besó.

Ella sin pensar le dijo: *¿Tu habitación o la mía?*

Él la cogió de la mano y sin decir nada comenzó a caminar en dirección contraria al hotel. *¡Pero bueno!,* pensaba Ella*, ¿no me habrá oído? Le he dicho su habitación o la mía, y vamos en dirección contraria.* De pronto, él se paró y le susurró al oído un «*déjate llevar»,* que la dejó sin sentido.

Un millón de burbujas se apoderaron de su cuerpo haciendo que se erizara completamente y sintiera frío. El siguió caminando, sujetando firme su mano, marcando la velocidad de sus pasos y la dirección.

Después de caminar unos 800 metros, Él se paró, y le dijo: *Ya hemos llegado, espero que tengas hambre. El chef es un buen amigo mío, pasa, por favor*. Ella no sabía si pasar, si quedarse quieta.... Al final optó por hacerle caso y dejarse llevar.

Entraron en un pequeño restaurante, que no tendría más de diez mesitas de madera de color palo santo y una barrita muy informal con cuatro taburetes. Un chico muy alto y de constitución atlética alzó la mano y saludó. Solo dijo: *La pequeñita del fondo, enseguida os sirven*.

Él la miró y le dijo: *Lo siento mucho pero, la verdad, no he querido preguntarte por si tu respuesta era un no. No me gusta cenar solo y, además, quería cenar contigo. He sido muy atrevido. No soy así habitualmente pero, desde que te vi descalza caminando por el pasillo del hotel, no he podido dejar de pensar en ti. Por cierto, ¿prefieres para comenzar un Martini, una cerveza? Mi amigo nos traerá después una botella de Aleph tinto, te gustará. Tiene una carta muy divertida con diversas tapas saladas y dulces.*

Ella, con la cara desencajada todavía y sin saber ni qué decir ni qué preguntar, le contestó: *Fenomenal, ¿puedes decirme dónde está el aseo?* El señaló a la derecha. Ella se levantó, cogió su bolso y puso rumbo al baño.

Llegó, abrió la puerta y, cuando ya estaba dentro, dejó caer el bolso al suelo y volvió a regañarse a sí misma. *La madre que me parió, ¿pero qué cojones hago yo aquí? La culpa la tienen estas putas bragas de encaje que no me pongo nunca y hacen que me sienta como una zorrilla. Y también la boquita, que ya me vale. Me podía haber callado y haber ido directita a la habitación. A ver ahora qué hago, cómo salgo de este lío, ¿le digo que me voy? ¿Ceno con Él?*

En fin, entró al aseo, y claro, no había contado con el alto grado de excitación que le había provocado la situación que estaba viviendo en ese momento. Estaba totalmente mojada, no ya húmeda, mojada. No podía recordar la última vez que su cuerpo se había excitado así. ¿Qué le estaba pasando con ese desconocido? Ella no era así, esas cosas no le pasaban, eso era de los libros que cuentan historias de chicos con pasta y chicas delgadísimas. Automáticamente desconectó el botón de pensar, se retocó los labios, agarró el bolso y fue directa a la mesita donde Él permanecía esperándola.

Como había apagado el botón de pensar, se le activó, sin darse cuenta, una de las emociones primarias, el hambre. Sin pensar le dijo: *Como creo que tú ya has venido y conoces al chef, si te parece bien, pide lo que consideres que me pueda gustar. ¡A ver si tienes suerte y me sorprendes!*

Él soltó una carcajada y le contestó: *Perfecto.* Se levantó, caminó unos pasos y habló un poco con el chico de la barra. A los cinco minutos ya empezaban a traer los primeros platos. La elaboración, la preparación y la presentación eran exquisitas.

No se hablaban, solo se miraban.

Ella no se atrevía a preguntarle ni el nombre, Él tampoco le preguntaba nada, así que, cuando comenzaron a cenar, fue como si uno de los ingredientes del plato fueran palabras cocinadas. Y comenzaron a comunicarse.

¿Qué es?, le preguntaba Ella. Él le explicaba con detalle cada bocado que iba a probar hasta que en uno de ellos le dijo: *Toma y dime qué te parece esto*. Ella abrió la boca y Él le metió las yemas de dos de sus dedos de la mano derecha en su boca. Ella instintivamente los succionó y, después, se mordió el labio inferior sin dejar de mirarlo a los ojos.

Discúlpame un momento, dijo Él. Ella se quedó sentada viendo cómo dejaba la servilleta sobre la mesa y, sin dejar de mirarla, se levantaba y se iba en dirección al baño. De repente, y claro, sin pensarlo, porque había desconectado el botón de pensar, se levantó y se fue derecha al baño.

Él había cerrado la puerta, Ella intentó abrirla. *Ya salgo,* dijo. *¡No!,* contestó Ella.

La puerta se abrió y Ella entró al aseo, cerrando con un pestillo pequeñito que había en el extremo superior derecho. Se acercó a Él y lo besó.

Sus bocas se enredaron apasionadamente. Él comenzó a levantarle el vestido verde, la puso de espaldas mientras le acariciaba los senos por encima del vestido, muy despacio. Sin dejar de besarla y acariciarla le dio la vuelta, le levantó un poco el vestido, desabrochándose el pantalón. De pronto se paró y le dijo: *Bonitas bragas*. Ella sonrió pícaramente y a continuación sintió como Él introducía muy despacio dos de sus dedos, de su mano derecha en su vagina, con la intención de hidratarla y acariciarle el clíto-

ris. No le hizo falta, Ella estaba tan lubricada, tan mojada que, al tocarla, Él se sobreexcitó y sintió que la erección que ya tenía se incrementaba hasta marcar todas las venas de su miembro. Se agachó un poco y la penetró. Su verga se deslizó suavemente hasta llegar a lo más profundo. Ella contrajo su vagina y comenzó a gemir, era increíble cómo necesitaba tener esa polla dentro.

El primer empujón de entrada y salida a su vagina fue suave, sí, pero lo que sintió fue tan fuerte que tuvo que apoyar con fuerza las dos manos en la pared para quedarse derecha y no retorcerse de placer. No quería hacer ruido pero no podía controlar los gemidos que le salían sin querer cada vez que Él entraba y salía de su vagina. ¡Dios mío! ¿Qué era eso? Estaba totalmente desinhibida otra vez, disfrutando de ese placer que le estaba dando ese hombre, sin buscarlo, sin pedirlo, tan furtivo, tan irracional, tan incontrolable.

Se dejó llevar. Cada vez empujaba más fuerte, le tenía sujetas las caderas con las manos y, mientras lo hacía, sus dedos le apretaban, sintiendo cómo la estaba poseyendo, cómo la hacía suya.

En una entrada y salida, Ella comenzó a notar cómo su vagina empezaba a bombear, sí, a correrse otra vez, como si le hubieran metido el corazón dentro, pum, pum, pum. Y gritó. El placer pudo con su pudor. No pudo ser comedida porque no pensó absolutamente en nada de lo que estaba haciendo. Cuando Él sintió que Ella ya había terminado con ese maravilloso orgasmo, le susurró al oído: *No te muevas*. Y Ella le escuchó correrse, esta vez sin gritar.

Después ambos se quedaron inmóviles, Ella mirando a la pared y Él con su cabeza descansando en su hombro y sintiendo su respiración todavía agitada en su oído.

De repente se oyeron golpes en la puerta. *¿Está ocupado?,* preguntó alguien.

Los dos se miraron, comenzaron a reírse y, por supuesto, a vestirse rápidamente. Salieron ambos del aseo con la mirada baja, sin querer ver quién estaba esperando en la puerta. Tampoco les impor-

taba. Se sentaron de nuevo en la mesa y siguieron cenando. Solo se miraban, comían y se reían. Ninguno de los dos se atrevía a hablar.

Casi terminando de cenar, se aproximó a la mesa un chico muy guapo que vestía chaqueta de chef. La saludó con un apretón de manos y a Él con un afectuoso abrazo y le dijo: *Disculpadme pero hoy no tengo tiempo ni para un caballito de mezcal. Espero que os haya gustado todo lo que os he preparado y, por supuesto, espero volver a veros*. Le guiñó un ojo a Él y se marchó.

Cuando terminaron de cenar, Él le preguntó si le apetecía tomar una copa. Ella le contestó que no, que era muy tarde y que al día siguiente volvía a tener formación. Él le cogió la mano y caminaron despacio hasta el hotel. Ella comenzó a ponerse nerviosa. Su cabeza se había conectado de nuevo y se había puesto en modo pensar. Mal asunto.

Cuando entraron al hotel subieron juntos en el ascensor hasta la quinta planta y, al abrirse la puerta, Ella le dijo: *No digas nada, ha sido perfecto*. Y comenzó a caminar más rápida. Llegó a la puerta de la habitación. Pasó la tarjeta. Abrió y cerró la puerta tan rápidamente que no se dio cuenta de lo que había hecho. Si Él se había quedado parado, si había intentado hablar... nada, no se había fijado en nada, no lo sabría nunca.

Ya en la habitación, con el olor a sexo impregnado en el cuerpo, se quitó el vestido, se descalzó, se tiró en la cama y, cuando se fue a dar cuenta, ya era de día. Se había quedado dormida.

Día 3.

Había dormido terriblemente bien. Con los ojos ya abiertos y el cuerpo relajado, estiró todos sus músculos. Como se había quedado dormida encima de la cama, se deslizó suavemente hasta llegar a la cabecera, levantó la sábana y se metió dentro. Todavía tenía

un par de horas, así que descansaría un poco. Bueno, descansar, lo que en realidad le apetecía era recordar cada instante de la noche anterior. Quería grabar en su cajita de pensamientos secretos todo lo que había vivido, sentido, olido y experimentado con Él.

No podía contener una risa divertida de complicidad con Ella misma, con su yo más íntimo. Reía a carcajadas, sin importar si alguien la escuchaba en otra habitación, preguntándose entre risas: *¿Pero zorrón, dónde has estado metida toda tu vida? Aquí, caminando callada conmigo, ¡ya podías haber salido antes!* Se recolocaba el pelo y se mordía los labios, no dejaba de sonreír, estaba tan contenta, era una sensación contradictoria, porque en realidad no se reconocía, pero tampoco le importaba.

Se agarró a una almohada y la abrazó. Suspiró, se sentía llena de todo, de oxígeno, de alegría, de vitalidad y, de repente, comenzó a recordar cómo Él la empujaba en el aseo, cómo su verga se deslizaba dentro de Ella con esa facilidad, lo empapada que estaba, y sintió cómo su cuerpo comenzaba a estremecerse de nuevo. Sentía que se iba excitando poco a poco, como si Él estuviera penetrándola, otra vez, en ese instante.

Su vagina sentía tanto placer solo con imaginarlo que no daba crédito. Metió la mano dentro de las sábanas. Estaba desnuda, apretó con la mano entera su sexo. Cuando quiso darse cuenta, sus dedos estaban deslizándose por su clítoris lentamente. Los pezones se le erizaron de tal forma que parecía que se querían escapar de sus senos. No podía dejar de tocarse, cada vez se excitaba más y más. Se tocaba, la caricia le pedía más, el cuerpo le pedía más, el pensamiento le pedía más, se iba a correr, no se podía controlar, y cuando comenzó a sentir que el orgasmo venía a visitarla, comenzó a sonar su teléfono móvil.

¡Mierda! ¿Quién cojones me llama a estas horas? Se incorporó y siguiendo el sonido localizó el móvil. En un principio no pensaba contestar pero tenía que saber quién llamaba y para qué. Sacó el teléfono del bolso y se dio cuenta de que no la llamaban, era la alarma, que la había puesto para levantarse a hacer ejercicio. Se

enfadó consigo misma, porque la otra parte de Ella, la previsora, la disciplinada, le había jodido un orgasmo.

No tenía ganas de salir a hacer nada de ejercicio, así que pensó en darse un baño y relajarse. Se dijo a sí misma: *Pero qué zorra soy, un baño y seguro que me masturbo en el agua. Venga, mejor una duchita y arréglate, ponte mona que hoy vienen los Súper Jefes y hay que causar buena impresión.*

La formación de hoy era un acto protocolario que duraría todo el día en un centro de convenciones muy concurrido de la Ciudad Condal.

Hoy se arreglaría, sí, eso ya lo tenía previsto. No podía quitar de su cara esa sonrisa juguetona y pícara. Seguro que se lo notarían pero, bueno, tenía un subidón de autoestima indescriptible. Se sentía la mujer más femenina del universo y eso no lo provocaban las bragas, ni el Mon Paris.

Había traído para ese día un vestido de concepto Privée, de seda negra, con flores bordadas de colores fucsia, turquesa y pistacho, tan sobrio como alegre. El vestido solo tenía una manga, llevaba un hombro al descubierto, un toque muy japonés, muy cortito. Había seleccionado las braguitas perfectas para ese vestido tan sensual, discreto y elegante. Un vestido para infartar a cualquier hombre o mujer, nada ceñido, nada atrevido, con mucha clase, pero que puesto en alguien que sabía lo que llevaba, provocaría el deleite de todas las miradas.

No nos olvidemos de las braguitas, rojo burdeos y, para no marcar, brasileñas.

Había traído una cartera pequeñita de nácar negro y unas romanas de tacón alto que estilizarían sus piernas y, por supuesto, sus glúteos. Una combinación para el día con la que no pasaría desapercibida. Esa era su intención.

Casi siempre asistía a la formación muy discreta, con vestidos sobrios y zapatos de salón con tacón medio. Como todos los años, los hombres asistirían con su mejor traje, a veces mejor que el que habían utilizado el día de su boda, y Ella no sería menos.

Se hizo un medio recogido en el pelo con unos ganchitos invisibles. Se maquilló muy sutil pero se pintó los labios en ese rojo tan llamativo, que casi parecía el labial de una geisha. Un poco de Mon Paris y ya estaba lista.

Salió de la habitación pensando que no sabía ni en cuál estaba Él. Igual ya se habría marchado. *Bueno*... pensó, *a trabajar, que hoy es un día duro*.

Ya en el hall del hotel se acercó al recepcionista y pidió que llamara a un taxi. El chico se quedó mirándola y de una forma muy discreta le dijo: *Qué bien huele usted*.

Subió al taxi y fue directa a la sala de convenciones, planta 1ª. En la puerta se encontró a sus compañeros de trabajo y a sus jefes, los nacionales y los internacionales, los propietarios de la compañía. Los saludó muy discretamente y su jefe directo le dijo: *Vamos a comenzar ya, que luego nos dan las tantas*. Ella le guiñó un ojo y le dijo: *Okisss, vamos a ello*.

Bla, bla, bla, bla, bla, medio día, hora del catering. Esas romanas de tacón le quedaban divinas, pero eran incomodísimas. Todavía faltaban unas horas para cerrar el evento y necesitaba poner las plantas de los pies en el suelo, al menos diez minutos.

Estaba tan centrada en la jornada que no había pensado ni un segundo en Él.

Se cruzó con una chica uniformada, azafata de información, y le preguntó: *¿Sabes de algún sitio dentro del recinto donde pueda ir a descalzarme 10 minutos?*

La chica sonrió y le contestó: *Mira, sí, sube a la última planta, y al final del pasillo abres la puerta de cristal y saldrás a una terraza, hay un banquito, nunca hay nadie.* Eso hizo, sin que nadie se diera cuenta. Desapareció con la intención de regresar enseguida, necesitaba descansar un poco sus pies.

Abrió la puerta de cristal, se sentó en el banquito y comenzó a soltar los cordones de las romanas. Las dejó en el suelo y empezó a masajear sus pies.

La puerta volvió a abrirse, era la chica de información. *¡Ya sabía yo que aquí no habría nadie!,* exclamó risueña. *Cuando te has marchado, se ha acercado un chico, bueno, un hombre, y me ha dicho que hoy te esperaría en la 504, si querías claro, no he entendido nada, pero supongo que tú sí debes de entenderlo.*

Él estaba allí, ¿pero dónde? Ella no le había visto. *¿En serio? ¡Él estaba allí!*

Ya se había puesto nerviosa. Otra vez, descalza, sentada de una forma improcedente en el banquito, con los pies subidos. Se dijo así misma con tono de enfado: *¡Ni lo pienses! ¡Estás trabajando! Ya se te ha ido la cabeza de más, relájate, ponte las romanas y a lo tuyo*.

Un montón de aplausos y ovaciones cerraban y clausuraban la jornada de presentación oficial de los nuevos productos. Al día siguiente, todo sería más informal.

Siempre era igual, lo mismo de todos los años y lo mismo de todos los días, intentar escapar de una forma educada de una cena, donde la conversación giraría todo el rato en torno a tres temas: fútbol, putas y lo mal que estaba el mercado. *Uf, ¡ni de coña!*

Argumentado que ya no podía ni andar, gracias a esos altísimos tacones, se disculpó y se marchó muy disimuladamente. Siempre hacía lo mismo.

Taxi, hotel y, de repente, recordó que la chica de información le había dicho un número de habitación de la quinta planta. *¡Madre mía!,* había estado tan centrada en sus cosas que se había olvidado de la chica pero, lo peor de todo, era que no recordaba el número de la habitación que le había dicho. *Menudo caos estás hecha, bonita,* se dijo. *¿Y ahora qué? ¿Llamas a todas las habitaciones?* Le dio un ataque de risa solo de pensarlo, porque no sabía de lo que era capaz.

Estaba tan cansada que no sabía qué hacer. Decidiría más tarde. *Tranquila, a ver si mientras tanto consigues recordar el número de la habitación,* pensó.

Bajó del taxi y como una modelo erguida, sin mostrar ningún tipo de síntoma de cansancio, disimulando, se dirigió al ascensor

para subir a su habitación. Resultaba imposible apreciar que ya no podía casi ni caminar. *¡Putas romanas!* se decía.

Cuando llegó a la quinta planta no se descalzó. Se dirigió rápidamente a su habitación, abrió la puerta y entró.

Es inimaginable la velocidad con la que es capaz de desvestirse y descalzarse una mujer cuando ya le molesta hasta la ropa interior.

Lo fue dejando todo tirado por el suelo: zapatos, vestido, sujetador, ganchitos del pelo... Se dejó solo las braguitas brasileñas, se tiró en la cama muerta de cansancio y se quedó dormida sin querer.

Pasadas unas horas comenzó a sentir frío y se despertó. *¡Mierda! ¿Qué hora será?, ¿qué habitación era?, ¿qué hago ahora?* No sabía si llorar o reír.

Era demasiado tarde para andar de quinceañera tocando puertas. No sabía ni cómo se llamaba, así que no podía preguntar en recepción. Lo que si sabía era que tenía un hambre atroz y pensó en pedir algo para cenar en la habitación.

La carta no la convencía mucho, así que se puso unas mallas, una camiseta y unas deportivas y salió de la habitación.

Cuando abrió la puerta se lo encontró en medio del pasillo. Comenzó a reír y, sin cortarse un pelo, le dijo: *¡Eh!, ¿me estás espiando?*

El ataque de risa que le dio a Él fue tremendo. No podía articular palabra. *¿Perdona? ¿Me repites lo que me acabas de decir?,* contestó Él entre carcajadas. *Bueno, pues ya es mucha coincidencia, ¿no te parece?,* contestó Ella.

Mira, hoy te he visto, estabas preciosa. No he querido acercarme a ti pero te he dejado un recado, que todavía no sé si has recibido, y tengo hambre. No he comido casi nada en todo el día, ya son las diez y media de la noche y tenía dos opciones: seguir esperando un toc-toc en mi puerta y dejar que mi estómago siguiera sonando como un bolero enfurecido o salir a comer algo. Me ha podido el hambre, mira tú, emoción primaria necesaria, dijo sin poder parar de reír.

Ella, todavía sin cerrar la puerta, agarrando el picaporte porque no sabía si iba a salir o a volver a entrar, le dijo: *La verdad, sí he recibido tu mensaje, pero con el lío que he tenido hoy he olvidado el número de habitación y cuando he llegado, estaba tan cansada que me he desvestido y me he quedado frita en la cama y...*

Ya lo veo, le interrumpió Él, que se había aproximado caminando hacia Ella. *¡Menudo lío de habitación tienes!,* dijo, mientras miraba por encima de su hombro el interior.

¡Oye! que no te he invitado a pasar y menos a cotillear mi habitación. Seguro que la tuya está peor que la mía, se defendió. *No*, dijo Él, *yo la tenía ordenada, por si tocabas a mi puerta*.

¿Bueno, entonces qué hacemos?, dijo Ella.

¿Cenamos?, preguntó Él.

Yo no me voy a cambiar de ropa ahora, dijo Ella.

Él, sonriendo, contestó: *No te lo he pedido, creo que por una vez en mi vida puedo no ceñirme a los protocolos de vestuario apropiados para cenar en un restaurante de hotel. ¡Anda, vamos!*

Ya en el restaurante, comenzaron a pedir entradas, ensaladas y platos principales para compartir como si no hubieran comido ninguno de los dos en varios días, y cenaron... cenaron mucho. Hablaron de nada y de nada más. Cuando terminaron, Él dijo: *Voy a decir que lo carguen a mi habitación.*

Ella no le dejó: *¡No!, a la mía, que lo paga la empresa y ya se ha ahorrado dos noches de cena, así que no digas nada que a ésta nos invita mi jefe. Ahora no vamos a tener una conversación estúpida de pagas tú, pago yo, ¿verdad?*

No, dijo Él entre risas, *que pague tu empresa*.

Se levantaron de la mesa y se marcharon en dirección al ascensor. Quinta planta, los dos sin hablar, casi sin poder moverse del atracón de comida que se habían dado. Se miraron y casi al unísono se dijeron: *Hasta mañana, que descanses.*

Cada uno se fue derecho a su habitación.

Ella pensó: *Voy a ordenar un poco el caos que tengo.*

Comenzó a recoger la ropa que tenía tirada por el suelo, los zapatos, el bolso, en fin, todo lo que hacía que pareciera el dormitorio de una adolescente.

Se había puesto música en el móvil, no solía poner la televisión. Medio bailando, sin saber por qué y ordenando, de repente... *504, 504, 504, joder, ese era el número, ¡me he acordado! ¿Será una señal? Qué señal, ni qué cojones,* se reprendió. *Que te has acordado ahora y punto*. *Sí, sí*... se contestó a sí misma, *pero voy a tocar a ver si es correcto el número que he recordado*.

Y como una niña traviesa, abrió la puerta, cerró con cuidado para no hacer ruido, fue derecha a la 504 y tocó la puerta, toc, toc, toc. *¿Sí?* dijo Él. Ella, riendo para sus adentros, pensó: *Menuda pregunta, una afirmación, y contestó: ¡Abre!*

Él abrió la puerta. Llevaba puesto solamente un pantalón de pijama de tela de lino y algodón. Ella dijo: *¡Pero si está todo ordenado! ¡Claro!*, contestó Él. Ella esperó a que se acercara, pero Él se sentó en el borde de la cama y le dijo: *¿Qué? ¿Te apetece conversar un rato?* Ella se quedó mirándolo y le contestó: *Tú y yo no tenemos mucho de qué hablar, pero ya llegamos tarde a otras cosas*. *¿Qué cosas?,* dijo Él, y no volvió a preguntar.

Ella ya estaba descalzándose. Se quitó las deportivas, las mallas, la camiseta, el sujetador y se quedó solamente con las brasileñas que había llevado todo el día. Él la observaba como un niño sorprendido. Se había dado cuenta de que Ella era imprevisible. No se movió de la cama, permaneció sentado, mirándola, contemplándola, era preciosa. Su verga por el contrario sí se había movido, había crecido y se había endurecido.

El pantalón era tan fino que se marcaba entera, apuntando a su ombligo, un poquito inclinada. Él ya no la controlaba, Ella se acercó y se subió encima, de frente, con sus piernas rodeando su cintura. El sexo de Ella mojado, lubricado, sentado encima de su verga. Comenzó a contonearse rozando sutilmente su sexo con el de Él.